



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

VIERNES 1.º DE SETIEMBRE DE 1871.

NÚM. 84.

ADVERTENCIA.

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores de provincias que se hallan en descubierto con esta Administracion, se sirvan renovar sus suscripciones ó nos veremos obligados á dejar de remitirles el periódico.

LA LUZ.

El que dá una vuelta por alguno de los pueblos de esta bienaventurada nacion española, unas veces no puede menos de sonreirse, otras de apesadumbrarse, y todas de renegar de ese legado de supersticion y de miseria moral que nos han dejado tres siglos de monarquía absoluta y teocrática. Lo cierto es que por todas partes se encuentran tristísimos vestigios de la podredumbre en que cayó este país, eternamente desventurado. En esta aldea hay una cisterña milagrosa, y en un dia determinado, cojos, tullidos, mancos, ciegos se precipitan en sus aguas creyendo encontrar una curacion que quizá, que de seguro encontrarían en muchas ocasiones si se la pidieran á la ciencia, y que no es posible que hallen pidiéndosela á un pedazo de madera que llaman virgen ó santo; en el otro van procesionalmente á una ermita y allí hacen ofrendas al habitante celeste de ella, un santo ó una santa de antigua fundacion ó de última tijera; aquí, luchan dos poblaciones rurales sobre si el patron de la una es mejor y mas milagroso que el de la otra; allí, en el dia tres veces solemne de la funcion del pueblo, la virgen ó el santo á quien se hace, es objeto de las ovaciones mas solemnes, se le arrojan confites, se le echan vivas entusiastas cuando vá á entrar en la iglesia, repican las campanas, los campesinos se embriagan y el dia se pasa alegremente entre la devocion al vino y la devocion al patron. El cura titular del pueblo canta aquel dia la misa un poco mas despacio que cualquiera otro del año y se come los confites que arrojan al santo. En los trescientos sesenta y cuatro dias restantes se come al pueblo. El que escribe estas líneas ha escuchado, durante dos horas seguidas, á un pobre labriego gritar con toda la fuerza de sus pulmones y

con todo el entusiasmo de su alma, en uno de los pueblos de la provincia de Toledo: «¡Viva San Roque y el perro!» Probablemente para aquel infeliz el perro valia mas que San Roque y San Roque mas que Jesucristo.

En Murcia hay una especie de fanatismo de huerta, pisto de barbarie de hortelanos con zaragüelles y de barbarie de clérigos que huelen tambien á huerta. Toledo es la aristocracia de los fanatismos. Tiene siempre puesto el bonete de su catedral y mira de reojo á las ciudades donde por lo menos no hay cincuenta curas. La gustan tambien los soldados como á buena hija de la Iglesia. Se acuerda de los dias en que se confeccionaban en sus fabricas bonetes para todos los clérigos de la cristiandad y se dice de continuo allá para sus adentros: «¡Oh, qué tiempos!» Burgos es la ciudad del fanatismo mongil. Cartagena la de la supersticion de las mujeres. Madrid la ciudad atea, donde se dice en secreto: «Amigo mio, riase Vd. de Dios;» y donde se dice en público: «¡Es posible que no haya ido Vd. á misa!» España es la nacion de los fanatismos blancos, azules, verdes y amarillos. Religiosamente hablando, es una nacion camaleon.

Esto que decimos es una triste, dolorosísima verdad. ¡Ojalá no lo fuera! Y ¿es posible que suceda otra cosa en pueblos como este, en que el noventa por ciento de mujeres no saben escribir? ¿Qué educacion podrán dar á sus hijos? La que se dá á cualquiera animal del campo, la de ponerle á trabajar en cuanto tiene fuerzas para ello por pocas que sean. El hombre, el sér mas elevado de la creacion, con la inteligencia cegada, hecho una miserable bestia, es uno de los espectáculos mas dolorosos que pueden ofrecerse al pensador, cualquiera que sea.

¿Qué saben ellos de la adoracion en espíritu? ¿Qué saben ellos de Jesucristo y de su sacrificio? ¿Qué saben del estado en que se encuentra el mundo? Terrones de aquella tierra, el mismo surco que abren para depositar el grano bendito de trigo, les sirve de sepultura. Aquellos terrones son su pedestal. Las pocas ideas que han tenido han sido para ellos. Aquella tierra ha sido su primera y última amante. La primavera de su vida se ha pasado allí. El frio del invierno y el calor del verano han caído sobre ellos, eternos centinelas del surco que ha hecho la yunta que duerme todas las noches en la

cuadra inmediata á la habitacion del labriego. No sabe nada, hace lo que le dicen, se confiesa todos los años y se muere, pobre flor que ha espirado cerrada y que no ha podido exhalar su perfume.

Campesino, en Cristo y en la escuela está tu redencion. Cuando á la caída de la tarde encuentres al viejo maestro que sale de la escuela, detente y dile: «¡Oh, bienhechor de mis hijos! La generacion que me siga no será como mi generacion. Tendrá tambien el pan del alma. ¡Bendito el que consagra su vida á vivir en la miseria para dar á los otros esa riqueza del saber, océano que nunca se agota, aroma que nunca se estingue!»

LOS MÉRITOS HUMANOS.

I.

¿Tiene el hombre méritos propios? ¿Qué son sus mejores obras delante de Dios? ¿Valen algo? Mal comprenden la Palabra de Dios aquellos que dicen con Bellarmino: «Dios igualará enteramente la obra y el salario, á fin de que cada cual tenga la recompensa que merece, juzgando justamente.»

No hay méritos propios, no hay justificacion propia. Admitiendo la idea de los méritos humanos, caemos en el absurdo de que Dios nos debe algo, de que El es deudor nuestro. ¡Dios deudor nuestro! Cuando todo lo que tenemos desde los alimentos hasta la vida, desde el aire hasta la sangre de Jesucristo por cuya propiciacion podemos ser salvos, es suyo, es muy singular abrigar la idea de que El nos debe su gloria por las obras que hemos hecho y en las que si hay algun bien no nos pertenece á nosotros sino á El única y exclusivamente. ¡Y qué obras son las nuestras! La mas pura, ¿cómo podría ponerse delante de Dios, eterno sol de pureza? Y la mas digna, ¡cuánta indignidad envuelve! Y la mas santa, ¡cuánto pecado encierra!

Las verdaderas ideas cristianas sobre este punto son clarísimas. Las buenas obras, los méritos humanos no son la causa de nuestra salvacion, no son el medio de adquirirlas la gloria, son lo mas el camino que debemos lle-

var para ir á ella. No son el precio de nuestra bienaventuranza en la otra vida. *Via regni non causa regnandi*; el camino del reino de Dios, pero no la causa de obtener ese reino, esos los méritos humanos. El hombre no tiene otros que la sangre de Jesucristo vertida abundantemente para libertarle del pecado. Pablo decía á Timoteo: «Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dió á sí mismo en precio del rescate por todos, para testimonio en sus tiempos.» (1.^a Epístola, II, 5 y 6.) Y á los Efesios: «En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia.» (I, 7.)

¡Pobre vanidad humana! No nos contentamos con la esperanza de poder alcanzar la salvación como hijos de Dios, en calidad de herederos suyos, sino que quisiéramos escalar el cielo por nuestras pobres fuerzas. La liberalidad de Dios nada nos importa. El nos lo ha dado todo: nosotros no tenemos que hacer otra cosa que aceptar el sacrificio de su hijo bien amado, y sin embargo, el orgullo humano detiene á la criatura cuando vá arrojarle á los pies del Cristo y parece que le dice sordamente al oído: «¡Oh si tú no tuvieras que deber á nadie mas que á tí mismo tu salvación! ¡Si pudieras comprar tu sitio en la gloria con tus esfuerzos, con tu trabajo! Entonces serías acreedor y no deudor; exigirías á la fuerza y no recibirías gratuitamente; serías en cierto modo el tirano de Dios, porque Dios no tendría otro remedio que abrirte, al empuje de las buenas obras que habías hecho en la tierra, las puertas de la eternidad. Te purificarías tú mismo y entrarías en la gloria tan radiante de luz que sería muy poca la que Dios mismo podría añadirte.»

La salvación es un don de Dios; no es, no puede ser la adquisición de nuestros méritos, de unos méritos que en definitiva no tenemos. Bien explícitamente lo dicen las Escrituras: «Sabien-do que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fé de Jesucristo, nosotros tambien hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fé de Cristo y no por las obras de la ley; por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada.» (Gál. II, 16.) ¿Puede darse una declaración mas terminante? Pero el apóstol tiene aun palabras mas concluyentes. En el último versículo del mismo capítulo, dice: No desecho la gracia de Dios. Porque si por la ley fuere la justicia, entonces por demás murió Cristo. Evidentemente, si nosotros podemos salvarnos por nosotros mismos, ¿á qué murió Cristo para salvarnos?

¿Se quieren pruebas escriturarias de que obtener la salvación por la gracia y por las obras, son dos cosas incompatibles? «Así tambien, aun en este tiempo han quedado reliquias, por la elección graciosa de Dios. Y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.» (Rom. XI, 5 y 6.) Si adquirimos la salvación por nuestros méritos, esta ya no es gracia de Dios. Dios queda postergado á nosotros mismos. Nos complacemos en rechazar lo que tan pródiga y tan abundantemente se digna darnos. Y esto no podemos creerlo de nadie.

Seguiremos examinando este error gravísimo de los méritos humanos.

SAN MATEO, CAP. XVI, VERS. 18, 19.

Fundamento de la Iglesia de Cristo.—Las llaves del reino de los cielos.—Infallibilidad.—Supremacía.

«Y yo tambien te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; que todo lo que ligares en la tierra será ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.» (Mat. XVI, 18, 19.)

Poco versado en la lectura de la Biblia debe estar la persona que ponga en duda una verdad tan palpable como la de que la roca sobre que está edificada la Iglesia cristiana es el mismo Cristo.

La pasión, el encono, el espíritu de secta y algunos otros motivos mundanos, hacen á los hombres desvariar, escribir y cuestionar sobre las verdades mas evidentes.

Las palabras del Hijo del Eterno dirigidas al apóstol Pedro son bastante claras de por sí, y solo el quererlas comentar las oscurece. «Tú eres Pedro,» dice Jesús á Simon, «y sobre esta roca» que soy yo, «edificaré mi Iglesia.» Si el Señor en lugar de asegurar que Él era la roca, hubiese querido afirmar que lo era Pedro, en vez de decir: «y sobre esta roca»—que soy yo, esto es, mi persona misma—«edificaré mi Iglesia,» hubiera dicho: «y sobre esa roca»—que eres tú, etc. Esta propiedad de locucion está al alcance del menos instruido, así como lo están todas las cosas que son necesarias para la salvación, en la santa Palabra de Dios. Así como nosotros lo entendemos lo entendieron los escritores de los primeros siglos, comenzando por los de la Iglesia madre, Jerusalem. «La piedra es Cristo,» dice el erudito Gerónimo: *Petra Christus est*; «el cual concedió á sus apóstoles el que tambien ellos se llamasen piedras:» *qui donavit apostolis suis ut ipsi quoque petra vocentur*. (Gerónimo en Amós, VI, 12.) Y este sabio decía bien, siendo los apóstoles todos, incluso Pedro, piedras puestas sobre la roca misma, que es Cristo Jesús.

Agustín—*Retractionum* LXXX—dice que «el Señor no le dijo á Pedro tú eres piedra, sino tú eres Pedro.» *Non enim dictum est illi: tu es Petra, sed: tu es Petrus*. Otros, con Ambrosio, entienden que la roca era la confesión que Pedro hizo cuando dijo al Señor: «Tú eres el Hijo del Dios viviente.» El Espíritu Santo, para que no nos quedase duda alguna, ni aun la mas ligera, nos dice en el cap. III, ver. 11 de la primera carta á los Corintios: «Nadie puede poner otro fundamento del que está puesto, el cual es Cristo.»

La Iglesia de los Papas pretende, por sus conocidos fines, que el apóstol Pedro, y no Cristo Jesús, es el fundamento de la Iglesia cristiana; pero esta opinión, abiertamente contraria á la Palabra de Dios, es uno de los muchos errores en que abunda por desgracia la Iglesia de los Pontífices.

La llave del reino de los cielos no fué un privilegio concedido á Pedro solo, sino igualmente á todos los ministros de la Iglesia de Jesucristo; así lo entendieron y lo han dejado consignado los escritores de los primeros siglos: «¿Por ventura, pregunta el gran Agustín, recibió Pedro las llaves y no las recibieron Pablo y Juan y Santiago y todos los otros apóstoles?»

Ag. Serm. CXLIX. *Quod Petro dicitur, ceteris apostolis dicitur*; «lo que á Pedro se dice, lo mismo se dice á todos los apóstoles» dice Ambrosio: *Ambro. in salm. xxxviii*. Basilio, Cipriano, Anselmo, Gerónimo, y tambien el Papa Leon, llamado el Magno, están de acuerdo con lo que hemos asegurado al principio. Las llaves del apóstol San Pedro en Jerusalem, en el Saron, en la casa de Simon el curtidor, en Jope, en Cesárea, Antioquía, Samaria y Babilonia, únicos lugares que nos enseñan las Santas Escrituras que estuvo Pedro, fueron las mismas que todos los otros ministros han tenido y tienen.

Ni el poder de atar y desatar, ó de perdonar ó no perdonar pecados, ó sea el uso de las llaves del rei-

no de los cielos es como lo explica á sus sectarios la Iglesia de Roma, sino como lo entiende la de Cristo desde los primitivos tiempos, y es como sigue: Tiene, pues, el ministro, en nombre de su grey, el poder de atar, cerrando las puertas del cielo á los contumaces é incrédulos, y escluyendo del gremio de la Iglesia á los pecadores que con público anatema se atreven aun á permanecer en ella. Y tiene el poder de desatar, predicando á Jesucristo y anunciando que los que en Él creyesen recibirán el perdón y la vida eterna, como tambien el de restituir al seno de la congregación, previo el arrepentimiento, á aquellos que habiendo cometido algun público delito, ó causando algun grave escándalo á sus hermanos, se hallan como escluidos de la Iglesia misma.

Tienen á la vez la facultad de abrir y de cerrar con la Palabra de Dios, con la instrucción y ciencia de las Santas Escrituras, con la interpretación de la ley, que son las verdaderas llaves que Dios dió á sus ministros. Si alguna duda quedase aun acerca de lo que acabamos de establecer, hé aquí cómo se explica la autoridad suprema: «¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que habeis estraviado la llave de la ciencia!» (Lucas, XI, 52); esto es, con la facultad de enseñar con autoridad, que es lo que se entiende por llave, ó la de gobernar segun aquello: «y pondré la llave de la casa de David sobre el hombro de mi siervo Eliacum; y abrirá, y no habrá quien cierre, y cerrará y no habrá quien abra.» (Isaías, XXII, 20, 22.) Las llaves, pues, del reino de los cielos; esto es, la facultad, segun los oráculos divinos, de enseñar con autoridad, y la facultad de gobernar, fueron dados por Jesucristo á todos los ministros del Evangelio de la manera misma que á San Pedro.

Cualquiera que leyere el Nuevo Testamento encontrará que el acto de perdonar pecados es propio y esclusivo de Dios, y que ni Pedro, ni Pablo, ni ninguno de los otros apóstoles se creyeron jamás facultados para hacer esto; tan solo oraban á Dios, bien para que perdonase á los creyentes arrepentidos, ó bien para que manifestase su indignación justísima contra los trasgresores públicos, como sucedió con Simon el mago, con el hechicero Elimas, con Sáfira, con Ananías. Pero es lo cierto que ni Pedro perdonó á Cornelio, ni Pablo al carcelero, ni Felipe al Etiope. Pertenece á Dios retirar al pecador de la muerte del pecado. «Lázaro, dice Jesús á su amigo, al librarle de las manos de la muerte y darle nueva vida, Lázaro; sal.» Este Lázaro es el verdadero símil del pecador arrancado de la muerte á quien se le dá nueva vida. «Desatadle y dejadle ir,» (Juan, II, 44) dice Jesús á sus discípulos; esto es lo que los apóstoles hicieron y lo que todo buen ministro hace cuando el pecador cree de corazón en Jesús y recibe de Él perdón y vida eterna. Del ministro es admitir al convertido á la congregación, administrarle la Cena del Señor, y sostenerle y fortalecerle en la comunión de los fieles por medio de la ciencia de las Escrituras Santas y de la vigilancia pastoral.

La Iglesia de Jesucristo, la Iglesia universal en todos tiempos, y la Iglesia particular de Roma antes de su conocida corrupción, no han reconocido otro juez infalible, viviente y visible, que la Palabra de Dios. Con efecto, en la Palabra de Aquel que no sabe mentir, en las Santas Escrituras, dadas por inspiración de Dios, existe y ha existido esclusivamente la única infalibilidad que la Iglesia cristiana ha reconocido y reconoce en materias de fé. «A la ley,» como dice el Espíritu Santo por boca del profeta Isaías, (cap. VIII, 20) á la Palabra de Dios, á la Santa Biblia, es á donde la Iglesia de Cristo recurre como á su único juez, como á infalible guía, como al solo vicario acá en la tierra, y á la que ha recurrido siempre; porque solo las Santas Escrituras ni pueden engañarse ni engañarnos. Al separarse la Iglesia de los Papas de esta celestial doctrina, ha sembrado la duda en el corazón de sus sectarios inteligentes; y decimos inteligentes, porque sabido es que acaso las cuatro quintas partes de los llamados católicos romanos, apenas conocen la religión que dicen que profesan, y mucho menos conocen el verdadero cristianismo. Le ha sucedido, pues, al abandonar esta verdad de fé, que los galicanos ó franceses nieguen

que la infalibilidad resida en la sola mollera de un pobre pecador; que los anglo-romanos tambien lo nieguen; y por último, que solo unos pocos, y por cierto poquísimos, se atrevan á asegurar, con marcada impudencia, que aunque el Papa Ganganelli, inspirado, segun él mismo dice, por el Espíritu Santo, asegure que la sociedad de jesuitas es pestífera y dañina, no solo á la religion y á la moral, sine tambien á la sociedad en general, y otro Papa despues de aquel diga lo contrario,—esto no obstante, es infalible el Papado!

La verdadera Iglesia cristiana no reconoce otra cabeza mas que á Jesús, Salvador nuestro. Los oráculos de Dios son tan explicitos sobre este punto, como lo son en todo aquello que el hombre há menester creer y obrar para obtener, mediante la gracia de Dios, la salud eterna. Para cortar la ambicion de raiz, para no dar lugar á la vanidad y al orgullo en los futuros tiempos, ya habia el Divino Maestro prevenido á los suyos respecto de la superioridad ó primacia.

Mas de una vez, segun parece, habian los apóstoles disputado entre sí, sobre quién de ellos seria el primero ó superior de todos los demás; y aunque Jesús les habia dicho clara y terminantemente que todos ellos eran iguales, y que Él era el único maestro de ellos, sin embargo, la flaqueza y debilidad de los apóstoles les hacian recurrir de nuevo á la cuestion. «Entonces Jesús, llamándoles, les dijo: Ya sabeis que los príncipes de los gentiles se enseñorean sobre ellos; y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así; sino que quien aspirare á ser mayor entre vosotros y quisiere ser el primero, ha de ser vuestro siervo.» (Mateo, xx, 25-27.)

Tan arraigada quedó esta idea en el corazon de los discípulos, y tal fué la escrupulosa rapidez con que la pusieron en práctica, que dos de los mas eminentes apóstoles se reconocen iguales, no solo á los demás sus compañeros, sino tambien á los otros ministros, en cuanto al gobierno y direccion de las diferentes ramas del árbol de la Iglesia de Dios. «Yo, dice aquel á quien una secta, tan torpe como infundadamente pretende que es el origen de una multitud de ambiciones que sin duda desdeñó su corazon justo y sencillo, yo ruego á los presbíteros que están entre vosotros, yo, presbítero tambien con ellos: apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros; y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, etc.» (1.^a Pedro, v, 1, 2, 5.) Y enviando desde Mileto á Efeso, hizo San Pablo llamar á los presbíteros de las Iglesias, á los cuales cuando llegaron, les dijo: «Por tanto mirad por vosotros y por todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto por pastores, para apacentar la Iglesia de Dios.» (Actos, xx, 17, 28.)

Que entre los apóstoles no habia primado ni superior, el mismo Espíritu de Dios lo asegura por boca de San Pablo.

«Empero yo pienso, dice el apóstol, que en nada he sido inferior á los mas eminentes apóstoles.» (2.^a Corint., ii, 5.) Si habia cierta preeminencia, no hay duda de que San Pablo mismo fué sobre todos el mas distinguido por la gracia de Dios, así como por su génio natural. La mayor parte de los hechos de los apóstoles trata de sus grandes obras, sus largos viajes, sus discursos elocuentes, sus hazañas y sufrimientos insignes. De las Epístolas inspiradas fué la mayor parte escrita por él. ¡Cuántas Iglesias no ha fundado y edificado! ¡Cuántos millones de almas no han conducido al Salvador su voz vivificante y su pluma inmortal! A ningun otro sino á este, de todos los siervos de Cristo indudablemente eminentísimo, ha permitido Dios decir: «¿Son ellos hebreos? yo tambien soy. ¿Son descendencia de Abraham? tambien yo. ¿Son ministros de Cristo? yo soy mas: en trabajos mas abundante; en azotes sobre medida; en cárceles mas frecuentemente; en muertes muchas veces....., y ademas de las cosas de fuera, lo que me sobreviene todos los dias, es á saber, el cuidado de todas las Iglesias.» (2.^a Corint., ii, 22, 29.) Eso no obstante, no se atrevió San Pablo á gloriarse sino en la cruz de Cristo, ni á tener señoríos sobre las herencias de Dios.

La idea que ambiciona primacia, así como la de infalibilidad y otras muchas que seria prolijo enumerar, se apoderaron de algunos pocos extraviados con la funesta institucion del Papado, esa lepra de la Iglesia romana que fué absolutamente desconocida de la Iglesia primitiva.

Los protestantes creemos todo lo que Dios nos ha revelado en las Sagradas Escrituras; pero protestamos, como protestaba nuestro Salvador, contra los mandamientos y doctrinas de los hombres; contra sus errores y supersticiones; contra todo lo que no esté revelado por el Espíritu Santo de Dios en los verdaderos libros canónicos.

JOSÉ HERNÁNDEZ ORTEGA.

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

(Continuacion.)

SOBRE LOS ARTÍCULOS DE LA SANTA HUMANIDAD.

Pregunta. ¿Cuál de las tres personas se hizo hombre?

Respuesta. El Hijo de Dios eterno.

P. ¿Cómo fué de nuevo concebido siendo eterno?

R. Tomando cuerpo y alma racional, no por obra de varon sino por el poder de Dios.

P. Decid el misterio de la Encarnacion.

R. El ángel Gabriel fué enviado á Nazaret, ciudad de Galilea, para anunciar á una virgen llamada María que concebiria en su seno y pariria un hijo llamado Hijo de Dios. El Espíritu Santo formó en el seno de María un alma y un cuerpo humano y así nació Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y que no era otro que el Hijo eterno de Dios hecho hombre.

P. ¿Cómo pudo nacer de madre virgen?

R. Sobrenatural y milagrosamente como fué concebido.

P. Y su madre, ¿vivió despues siendo virgen?

R. Segun la Santa Escritura tuvo de su legitimo esposo llamado José hijos é hijas; pero esto despues del nacimiento de Jesucristo.

P. ¿Cuántas naturalezas hay en Cristo?

R. Una, la del Hijo de Dios hecho hombre.

P. ¿Cuántos entendimientos?

R. Uno.

P. ¿Cuántas voluntades?

R. Una.

P. ¿Cuántas memorias?

R. Una.

P. ¿Para qué se hizo hombre?

R. Para morir por el hombre y obtenerle de Dios el perdon, lo que consiguió como representante de la humanidad con su perfecta obediencia á la voluntad divina y su muerte espiatoria en una cruz.

P. ¿Por qué quiso morir?

R. Por redimirnos del pecado y librarnos de la muerte eterna.

P. ¿Cómo incurrimos en ella?

R. Porque pecó nuestro primer padre Adam y porque nosotros todos pecamos.

P. ¿Pues sin que muriera Jesucristo no pudo Dios hallar otro medio para salvarnos?

R. Lo único que sé por la Biblia es que este medio nos convino mas que otro alguno, puesto que Dios consintió en emplearlo.

P. Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?

R. Sin duda lo pudo porque se hizo hombre; aunque lo que mas nos importa no es tanto saber cómo pudo morir, sino saber que murió.

P. Decís que bajó á los infiernos; ¿qué entendéis por infierno?

R. La completa ausencia de la presencia de Dios, á la que están destinados los que no creen en Jesucristo.

P. ¿Cuántos infiernos hay?

R. Uno solo segun se desprende de mi definicion.

P. ¿Qué quiere decir que Jesús bajó á los infiernos?

R. Que tuvo que sufrir no solo la muerte natural, sino que tambien la muerte moral; es decir, el abandono del Padre, como si Dios estuviera encolerizado con Él. Cuando se encontraba sumergido en este abismo de dolor fué cuando gritó: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?»

P. ¿Cómo subió á los cielos?

R. Por el poder del Padre que le resucitó de entre los muertos, y por su propio poder.

P. ¿Cómo se entiende que está sentado á la mano derecha del Padre.

R. Esto quiere decir, como lo explica San Pablo, «que Dios le ha ensalzado á lo sumo y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre.» La imagen está tomada de los príncipes y reyes de la tierra que quieren que á su derecha se sienten los que gobiernan el reino en su nombre.

P. ¿Cómo ha de ser la resurreccion de la carne. (1)

R. Los muertos volverán á tomar sus cuerpos, pero cuerpos que no estarán sujetos á la muerte y corrupcion, aunque sean la misma sustancia.

P. ¿Qué creéis cuando decís, «creo en la comunión de los santos?»

R. Que existe una unidad real entre todos los miembros de la Iglesia, y que lo que el Señor hace por su Iglesia es provechoso á cada fiel puesto que existe entre ellos una verdadera comunión.

P. ¿Qué creéis cuando decís, «creo en el perdon de los pecados?»

R. Que Dios en su gratuito é inmenso amor perdona á los creyentes sus pecados de tal modo que no parecerán en juicio con nosotros.

P. ¿Cómo es Dios remunerador?

R. Porque premia á los buenos y castiga á los malos; es decir, premia á los que han creído verdaderamente y castiga á los incrédulos.

P. ¿A dónde van los buenos?

R. A la gloria.

P. ¿Qué cosa es gloria?

R. El conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno.

P. ¿Cuáles son los dotes de un cuerpo glorioso?

R. Lo que ahora somos lo conocemos; pero aun no conocemos lo que hemos de ser.

P. ¿Qué cosa es infierno?

R. El conjunto de todos los males sin mezcla de bien alguno.

P. ¿Qué penas padecen los condenados?

R. Una y grande, la de estar privados de toda comunión con Dios.

P. Ademas del Credo y los Artículos, ¿creéis otra cosa?

R. Sí señor, cuanto contiene la Sagrada Escritura.

(Se continuará.)

DISCURSO

acerca de la infalibilidad, pronunciado en Roma por monseñor Strossmayer.

(Continuacion.)

El apóstol Pablo no hace mencion en ninguna de sus Epístolas de la primacia de Pedro. Si esta supremacia hubiese existido, en una palabra, si la Iglesia hubiese tenido una suprema cabeza de su cuerpo, infalible en sus doctrinas, ¿cómo es posible que el gran apóstol de los gentiles se olvidara de mencionarla? Por el contrario, yo creo que no habria dejado de escribir una larga carta acerca de tan importante asunto. Cuando se levantaba el edificio de la doctrina cristiana, es posible que se hubiese olvidado la cuña del arco.

No, á menos que querais sostener que la Iglesia de los apóstoles fué herética, lo que es de esperar

(1) Observen nuestros lectores que el Catecismo romano del padre Ripalda omite hablar al ocuparse de los Artículos, del Espíritu Santo y de la Iglesia. De estos puntos se ocupa en otro lugar, y esto prueba lo que hace tiempo digimos, que el plan del autor es bastante malo. (La Red.)

que ninguno de vosotros desearia ni osaria afirmar, es necesario reconocer que la Iglesia jamás ha sido mas hermosa, mas pura ni mas santa que en los tiempos en que no tenia Papas. (*Gritos de no es verdad, no es cierto.*) Monseñor de Zaval, no digais que no. Si hay alguno entre vosotros, venerables hermanos, que se atreva á pensar que la Iglesia que hoy día tiene el Papa por cabeza, es mas firme en la fé y mas pura en su moral que la *Iglesia apostólica*, que lo diga abiertamente á la faz del universo, ya que este recinto es el centro del cual nuestras palabras parten á todos los ámbitos de la tierra. Prosigo.

En los escritos de San Pablo, San Juan, ni Jacobo he podido encontrar el mas pequeño gérmen del poder papal. San Lucas, el historiador de los trabajos de mision de los apóstoles, nada nos dice, nada de ese tan importante asunto.

El silencio de esos santos hombres, cuyos escritos forman parte del cánón de las divinas é inspiradas Escrituras, me parece tan imposible, si realmente Pedro hubiese sido Papa, y tan inexcusable como si Thiers, escribiendo la historia de Napoleon Bonaparte, hubiera omitido el título de emperador.

Desde aquí apercibo á un miembro de esta asamblea que dice, señalándome con el dedo: hé ahí un obispo cismático, que se ha introducido entre nosotros con falsos colores.

No, y mil veces no, venerables hermanos: no he entrado en esta augusta asamblea por la ventana como un ladrón, sino por la puerta, lo mismo que vosotros; mi credencial de obispo me dá derecho para hacerlo, y mi conciencia cristiana me obliga á hablar y decir lo que yo estimo ser verdad.

Pero sobre todo, lo que mas me ha sorprendido y lo que se puede muy bien demostrar es el silencio de Pedro. Si el apóstol hubiese sido lo que nosotros le queremos hacer, esto es, vicario de Jesucristo sobre la tierra, de seguro que él lo habria sabido; y entonces, ¿cómo es que nunca obra como Papa? Debía haberlo hecho el día de Pentecostés cuando pronunció su primer discurso, y no lo hizo; también debió haberlo hecho en el Concilio de Jerusalem y tampoco lo hizo; en Antioquía, y tampoco lo hizo; menos aun en las Epístolas que dirigió á la Iglesia.

¿Podeis figuraros un tal Papa, venerables hermanos, si San Pedro lo hubiera sido?

Ahora, si deseais sostener que fué Papa, la consecuencia natural que se presenta á nosotros es que ignoraba el hecho. Y pregunto yo; ¿quién tendrá la cabeza organizada de tal suerte que pueda considerar esas dos suposiciones como posibles?

Y volviendo á mi asunto, digo que mientras los apóstoles vivieron, jamás la Iglesia pensó que pudiera haber un Papa: para sostener lo contrario, todos los sagrados escritos debían haber sido quemados ó nosotros debiéramos ignorar su contenido.

Pero oigo que por todas partes dicen: ¿no estaba San Pedro en Roma? ¿No fué crucificado con la cabeza para abajo? ¿No existen los sitios en que habló, y los altares en que dijo misa en la ciudad eterna?

Que San Pedro haya estado en Roma, venerables hermanos, es una pura tradicion; pero aunque haya sido obispo de Roma, ¿se pudiera probar su supremacía por su episcopado?

Sealigero, uno de los hombres mas instruidos del mundo, no ha titubeado en asegurar que, tanto el episcopado de Pedro como su residencia en Roma, deben ser clasificados entre las leyendas mas ridículas. (*Repetidas voces de taparle la boca; taparle la boca; hacerle bajar del púlpito.*)

Venerables hermanos, estoy dispuesto á callarme; ¿pero no es mejor, en una asamblea como la nuestra, probar todas las cosas, como el apóstol manda y retener lo que sea bueno? Pero, venerables hermanos, tenemos un dictador, ante el cual debemos postrarnos todos y callarnos, aun Su Santidad Pio IX. Ese dictador es la historia.

Hasta ahora me he apoyado en ella, y si no he encontrado ninguna traza del Papado en los días apostólicos, la falta es suya, que no mia. ¿Deseais ponerme en la posicion de un acusado ó de un embustero?

A mi derecha oigo estas palabras: «Tú eres Pe-

dro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» (Mateo, xvi, 18.)

Responderé á esa objecion, venerables hermanos; pero antes de hacerlo, deseo presentaros el resultado de un exámen histórico.

No encontrando traza alguna del Papado en tiempo de los apóstoles, me dije: «debo encontrar lo que busco en los anales de la Iglesia.» Pues bien, lo digo francamente, he buscado un Papa en las cuatro primeras centurias y no he podido encontrarlo.

Ninguno de vosotros creo yo dudará de la gran autoridad del santo obispo de Hippona, San Agustín. Ese piadoso doctor, honor y gloria de la Iglesia católica, fué secretario en el Concilio de Melive. En los decretos de aquella venerable asamblea se encuentran estas significativas palabras: «Cualquiera que quisiere apeiar á los del otro lado del mar, no será recibido en comunión por ninguno en Africa.»

Los obispos de Africa estimaban en tan poco al obispo de Roma, que castigaban con la excomunion á los que á él apelaran.

Aquellos mismos obispos, en el sexto Concilio de Cartago, celebrado bajo la presidencia de Aurelius, obispo de aquella ciudad, escribieron á Celestino, obispo de Roma, que le aconsejaban no recibiese apelacion alguna de la parte de los obispos, sacerdotes ó clérigos de Africa, y que no enviara mas legados ni comisarios, y ademas que no introdujese el orgullo humano en la Iglesia.

Que el patriarca de Roma desde los primeros tiempos quisiera arrogarse toda la autoridad, es un hecho evidente; pero no lo es menos que nunca ha tenido la supremacía que los ultramontanos quieren atribuirle. Si la hubiese tenido, ¿se hubieran atrevido los obispos de Africa, y San Agustín el primero, á prohibir las apelaciones á su supremo Tribunal?

Reconozco que existe una dificultad, y es que el patriarca de Roma ocupase el primer puesto. Una ley de Justiniano dice:

«Ordenamos, que segun lo proclaman los cuatro Concilios, el Santo Papa de la antigua Roma, sea el primero de los obispos, y que el arzobispo de Constantinopla, la Roma moderna, sea el segundo.»

Respetemos entonces, me direis, la supremacía del Papa.

Pero no deduzcáis tan á la ligera esa conclusion, venerables hermanos, teniendo en cuenta que la ley de Justiniano ha escrito en contra.

Del orden de las sillas patriarcales.—La precedencia es una cosa, y el poder y la jurisdiccion es otra. Por ejemplo, supongamos que en Florencia tuviese lugar una asamblea de todos los obispos del reino; la presidencia le seria dada al primado de Florencia, lo mismo que entre los orientales le seria dada al patriarca de Constantinopla, y en Inglaterra al arzobispo de Cantorbery. Pero ni el primero, ni el segundo, ni el tercero podrian deducir de la posicion que le es asignada una jurisdiccion sobre sus colegas.

La importancia de los Obispos de Roma procedia no de su poder divino, sino de la importancia que tenia la ciudad en la cual ellos moraban. Monseñor Darboy no es superior en dignidad al arzobispo de Avignon; pero á pesar de eso París se dá una consideracion de la cual no gozaria si en lugar de tener su palacio en las orillas del Sena, le tuviera en las del Ródano. Esto, que es una verdad en el orden religioso, lo es también en materia civil y política; el gobernador de Florencia no es mas que el gobernador de Pisa; pero civil y políticamente tiene mas importancia.

Lo que llevo dicho se relaciona con los siglos en que el patriarca aspiraba al mando universal de la Iglesia. Desgraciadamente casi casi lo consiguió; pero sus pretensiones no tuvieron todo el éxito que él apetecia, porque el emperador Theodosio II promulgó una ley por la cual establecia que el patriarca de Constantinopla debia tener la misma autoridad que el de Roma.—*Seg. cod. de sacr., etc.*

El sexto Concilio de Cartago prohibe á todos los obispos tomar el título de príncipe de los obispos ó de obispo soberano.

En cuanto al título de Obispo universal que los

Papas tomaron despues, San Gregorio I, pensando que sus sucesores nunca pensarian en tomarlo, escribió estas palabras:

«Ninguno de mis predecesores ha consentido en tomar ese nombre profano, porque cuando un patriarca se arroga el nombre de *universal*, el título de patriarca se desacredita. Lejos de todo cristiano el pensamiento de llevar un título que desacredite á sus hermanos.»

Estas palabras de San Gregorio iban dirigidas á su colega de Constantinopla, que aspiraba á la primacía de la Iglesia. El Papa Pelagio II llama á Juan, obispo de Constantinopla, que aspiraba al supremo sacerdocio, *impío y profano*.

«Descuidad en cuanto al título de *universal* que Juan ha usurpado ilegalmente. Que ninguno de los patriarcas tome ese nombre profano, porque ¿qué desgracia nos cabrá en suerte, si entre los sacerdotes se descubren tales elementos? Se dirá de ellos que son los reyes de los hijos del orgullo.» *Pelagio II, Ses. 12.*

Todas esas autoridades y otras muchas de igual valor que podria enumerar, ¿no prueban de una manera clara como el esplendor del sol en su medio día, que los Obispos de Roma no fueron hasta mas tarde reconocidos como *obispos universales y cabezas de la Iglesia*? Y por otro lado, ¿quién no sabe que los Concilios eran convocados por los emperadores, sin informar al Obispo de Roma, y aun muchas veces contra su voluntad?

No diré mas acerca de este asunto, venerables hermanos, y hablaré ahora del argumento que antes se mencionó para establecer la *primacía* del Obispo de Roma.

Por la roca (petra) sobre la cual la santa Iglesia está edificada, entendeis Pedro (Pietro). Si esto fuera cierto, la disputa estaria ya concluida, pero nuestros antecesores, los cuales, necesariamente es confesarlo, son competentes en la materia, no piensan como nosotros.

San Cirilo, en su cuarto libro sobre la Trinidad, dice: «Yo creo que por *roca* debe entenderse la firme fé de los apóstoles.» San Hilario, obispo de Poitiers, en su segundo libro sobre la Trinidad, dice: «La *roca* (piedra) es la bendita y sola roca de la fé confesada por boca de San Pedro;» y en el sexto libro de la Trinidad, dice: «Sobre la *roca* de la confesion de la fé es sobre la que está edificada la Iglesia.» «Dios, dice San Gerónimo en el sexto libro de San Mateo, ha fundado su Iglesia sobre la roca, y el nombre de la roca es el que San Pedro lleva.»

Despues de esto, San Crisóstomo dice en una de sus homilias sobre San Mateo: «Sobre esa *roca* edificaré mi Iglesia,—esto es, sobre la fé de la confesion. Y ahora, ¿cuál fué la confesion del apóstol? Héla aquí: *Tú eres el Cristo* el Hijo de Dios, viviente.»

De todos los doctores de su antigüedad cristiana, San Agustín ocupa uno de los primeros puestos por sus conocimientos y su santidad; escuchad, pues, lo que escribe en su segundo tratado sobre la primera Epístola de San Juan: «¿Qué es lo que significan estas palabras: *Yo edificaré mi Iglesia sobre esa roca.*»

Sobre la fé, cuando dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.»

En uno de sus tratados sobre San Juan, encontramos estas significativas palabras: «Sobre esta *roca* que has confesado, edificaré mi Iglesia, puesto que *Cristo era la roca.*»

Este gran obispo creia tan poco en que la Iglesia fuese edificada sobre San Pedro, que él decia en uno de sus sermones: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca (petra) que has confesado, que has reconocido, diciendo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente,» edificaré mi Iglesia, sobre mí mismo, que soy el Hijo del Dios viviente.»

Lo que San Agustín pensaba sobre ese pasaje célebre era la opinion de toda la cristiandad en su tiempo. Sin embargo, para resumir, establezco:

1.º Que Jesús dió á sus apóstoles el mismo poder que á San Pedro.

2.º Que los apóstoles nunca reconocieron en San Pedro el vicario de Jesucristo, el infalible doctor de la Iglesia.

3.º Que San Pedro nunca pensó en ser Papa, y que nunca obró como tal Papa.

4.º Que los Concilios de los cuatro primeros siglos á pesar de reconocer la alta posición que el Obispo de Roma ocupaba en la Iglesia, solamente le conferían una preeminencia de honor, jamás de poder ó jurisdicción.

5.º Que los santos padres, en el famoso pasaje: *Tú eres Pedro, y sobre esa roca edificaré mi Iglesia*, jamás entendieron que la Iglesia fuese edificada sobre Pedro (*super Petrum*), sino sobre la roca (*super Petram*); esto es, sobre la confesión de la fé del apóstol.

Concluyo victoriosamente con la historia, con la razón, con la lógica, con el sentido común, con la conciencia cristiana, que Jesucristo no confirió ninguna supremacía á San Pedro, y que los Obispos de Roma no se hicieron soberanos de la Iglesia mas que confirmando uno por uno todos los derechos del episcopado. (*Voces: ¡Silencio, desorganizado protestante, silencio!*)

(Se continuará.)

CEMENTERIOS PARA LOS NO ROMANOS.

El día 16 del mes próximo pasado, se comunicó á todos los gobernadores de provincias la real orden que á continuación insertamos y que nos ha extrañado no verla publicada en la *Gaceta oficial*. Ha sido necesario que el ilustrado gobernador civil de Cuenca Sr. Lezama la insertara en el *Boletín oficial* de la provincia, para que tuviera conocimiento de ella la casi generalidad de la prensa.

Dice así:

«El Excmo. señor ministro de la Gobernación, con fecha 16 del actual, me comunica la real orden siguiente:

«Siendo frecuentes las consultas dirigidas á este ministerio y ocasionadas á conflictos gravísimos entre las autoridades civil y religiosa, con motivo de las inhumaciones de personas que fallecen fuera del gremio de la Iglesia católica; consignado como se halla en nuestro Código fundamental, artículo 21, el libre ejercicio de cualquier religión que no se oponga á las máximas de la moral y del derecho; se hace necesario, desde luego, llevando la práctica al principio consignado, que al tratarse de dar sepultura á cualquier individuo no católico, y en tanto las Cortes resuelven de un modo definitivo la cuestión, secularizando los cementerios, exista una regla que, si bien de carácter provisional, sirva de norma para todos los casos de este género que en lo sucesivo ocurran. Abundando en estos deseos el rey (Q. D. G.), ha tenido á bien disponer que por ahora y hasta que otra cosa se determine, los Ayuntamientos de los pueblos destinen dentro de los cementerios un lugar separado del resto, donde con el mayor decoro y al abrigo de toda profanación se dé sepultura á los cadáveres de aquellos que pertenezcan á religión distinta de la católica. De real orden lo participo á V. S. para su conocimiento y á fin de que tenga el más exacto cumplimiento en todas ocasiones lo dispuesto en esta real orden.»

Cuya real orden se publica en este *Boletín oficial*, á fin de que por los Ayuntamientos de esta provincia, se cumpla con toda exactitud y puntualidad cuanto en la misma se previene, dando cuenta inmediatamente y bajo su más estrecha responsabilidad de haberlo así verificado.

Cuenca 30 de Julio de 1871.—El gobernador, Eladio Lezama.»

EL TOQUE DE ÁNIMAS.

El padre y el hijo están sentados á la puerta de la casa. La parra antiquísima de la familia que forma un soportal de hojas y de verduras, les cobija bajo su manto de follajes. La luna derrama por fuera sus rayos plateados y á veces introduce atrevidamente uno de ellos por entre las hojas de la parra removidas por el viento.

Es la hora que en las aldeas de nuestra patria llaman de las ánimas; la hora en que los campesinos se quitan el sombrero y rezan gravemente un Padre nuestro.

La campana llora melancólicamente desde lo

alto de la torre y los murciélagos revolotean trazando círculos vertiginosos. La última yunta penetra en la cuadra; el canto del pobre campesino se apaga y solo la campana sigue sollozando amargamente por unos muertos que no la escuchan.

—Es la hora de los muertos ¿no es verdad?—dijo el padre al hijo que callaba lleno del miedo y de la tristeza que produce á los campesinos esta hora fúnebre.

—Sí, padre,—respondió el.

—¿Tú te acuerdas de los muertos? ¿Tú rezas por ellos?

—¡Oh, mucho!

—¿Te acuerdas de tu madre?

—Me acuerdo.

—¿Recuerdas sus últimas palabras?

—¡Oh, sí, las recuerdo! Me las hiciste aprender de memoria y no las olvidaré nunca. Pronunció estas palabras que yo no entendí, ni entiendo bien aun; «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.»

—Pues ha llegado la hora de explicártelas, hijo mío. Esas palabras son las que Jesucristo dirigió á María cuando ella salió al camino á buscarle y poco antes de que resucitara Lázaro.

Mira, hijo mío, el hombre tiene libertad absoluta para creer ó para no creer, para hacer el bien ó para hacer el mal. El tiene en su mano su ruina ó su perdición. Si cree, vivirá eternamente; si no cree, morirá para siempre. Esto es lo que hay después de esta vida; ó eterna condenación ó eterna salvación. No hay términos medios. Como no hay mas que fé ó no fé, así no hay mas que infierno ó gloria. Aquellos que respondan lo que Marta: «Si señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, que has venido al mundo,» esos están con Cristo; los que no, con Satanás y sus ángeles. ¿Sabes lo que hizo Dios? Desprenderse de su gloria que era su hijo. ¿Sabes lo que este hizo? Bajar á la tierra, cojer la cruz de sus infortunios y de su suplicio y morir por tí, por mí, por todos.

Cuando tu madre murió, yo estaba á su cabecera. No viste á nadie que entrara á rezar por ella, ni yo tampoco. Sus últimas palabras la salvaban porque yo estoy seguro que las decía con entera confianza en Aquel que jamás se olvida de los suyos; «El que cree en mí aunque esté muerto, vivirá.» ¿Y sabes quién era aquel en quien ella creía? Cristo. Hoy sería inútil orar por ella. Dios es inmutable y sus decretos son inmutables también. Nos dá una vida mas ó menos larga, para que le sirvamos y para que le adoremos. Tras ella viene la sentencia inapelable, hijo mío. ¡Sufragios por las almas! ¡Rezar por los muertos! ¿Para qué sirve eso? Si me dijeran que esa campana toca para recordar á los vivos que en el momento mas impensado pueden ir á reunirse con los muertos, yo la creería. Su lamento, si no indica eso, es un lamento absurdo.

«De cierto, de cierto os digo que el que en mí cree las obras que yo hago él también las hará y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre.» Retén estas palabras del evangelio de San Juan, hijo mío. El que crea en Cristo procurará imitarle. Los muertos son los que mueren en el pecado; los vivos son los que mueren en la fé. No hay otra muerte, ni hay otra vida, ni hay otros muertos, ni hay otros vivos.

LA TIERRA DE PROMISION. (1)

Estudia, cristiano, los libros de Moisés, y verás cómo sacó Dios á los israelitas de la esclavitud de Egipto, y cómo los condujo por medio del desierto obrando en su favor multitud de prodigios para librarlos del tirano poder de Faraón; y el comportamiento de este desgraciado pueblo para con su libertador y su Dios; del que se rebelaba y murmu-

(1) Insertamos con gusto este artículo que nos ha remitido uno de nuestros suscritores. Mucho nos place ver que los que leen nuestra modesta publicación procuran ayudarnos en nuestra obra con sus suscripciones y con su pluma.

(La Red.)

raba muchas veces, y clamaba otras á Jehová cuando veía encima de sí la mano del Señor que le preparaba algún castigo, y en cuanto este desaparecía, volvía á sus prevaricaciones. Tan grande era el amor que Dios tenía á este pueblo, de donde había de nacer el Mesías, que aun con todo eso no lo destruyó por gracia de este, si bien condenó á no ver la tierra que manaba leche y miel á todos los de veinte años arriba, á escepcion de Josué y Caleb, que habían alcanzado gracia delante de Jehová.

Mas no por eso se hicieron mejores, sino que una vez establecidos en la tierra prometida, siguieron el culto de los ídolos olvidando á Jehová y atrayendo sobre su cabeza los terribles castigos que después les envió el Señor para atemorizarlos y conseguir de ellos el arrepentimiento; pero ellos continuaron endurecidos y no escucharon la voz de los profetas que les predecían estos mismos castigos y les exhortaban á arrepentirse.

Nosotros, hermanos míos, también nos parecemos á ese pueblo rebelde y poco sufrido, porque cuando nos sucede algún trabajo, por pequeño que sea, también nos rebelamos contra Dios en vez de pedirle que alivie nuestras aflicciones en esta vida: que si así hiciéramos, Él nos atendería y esos males desaparecerían, como desaparecían al pueblo de Israel cuando á Él clamaban; porque ningún Padre cariñoso como Él es, puede ver llorar á su hijo con lágrimas de arrepentimiento. Decidme: ¿No nos ha librado Dios de la esclavitud del pecado? ¿No ha obrado en favor nuestro el prodigio de los prodigios, cual es haber dado á su Hijo único para que padeciese hasta lo infinito, hasta morir en una cruz, por nuestros pecados?

Pues bien, hagamos por no imitar á ese pueblo en sus prevaricaciones para que Dios no nos condene á morir eternamente y á no ver la celestial tierra que nos está prometida en Jesucristo. Consideremos nosotros cuántos judíos vieron esta tierra mayores de veinte años: dos, como ya he dicho antes, Josué y Caleb; los demás todos perecieron; y sin embargo, todos ellos al principio habían sido objeto de los cuidados de Dios, y para todos estaba prometida la tierra hermosa de Canaan.

Nosotros también tenemos prometida otra Canaan mas fértil, otra Canaan mas hermosa, la Canaan celestial de que es imagen la de los israelitas; nosotros también tenemos que pelear con el cananeo, el amorreo y el jebuseo, representados en el pecado. Pero también tenemos nosotros el arca santa de la fé en Jesucristo, que disparará las grandes tinieblas de nuestra alma, como el arca de la alianza hizo caer la murallas de Jericó. Nosotros tenemos mas que á Moisés, mas que á Salomón, mas que á David y mas que á todos los reyes juntos; tenemos á Jesucristo y á nuestro Padre, es decir, al mismo Dios; el que solo nos pide una cosa tan sola, una cosa tan sencilla, como es tener fé en Él. Por consiguiente, sigamos nosotros á Jesucristo, que á manera de la columna de nube y fuego de los hebreos, nos guíe á través de los peligros del desierto de la vida, para qué, haciéndonos vencer con su ayuda cuantos obstáculos encontremos, hallamos por Él abiertas las puertas de la celestial Canaan á que estamos llamados á gozar por Jesucristo.

Escuchemos la voz, no de los profetas, no de los sacerdotes, no de los sabios; pero sí la del sabio de los sabios, la voz del Cristo, la voz de nuestro Divino Maestro, la voz de nuestro Dios.

Oigamos al Cristo y abandonemos el culto del becerro de oro del mundo: acudamos á Él, que no quiere, como buen Pastor, que ninguna de sus ovejas se descarrie, que no ha venido al mundo sino para salvarnos, y que abre los brazos al que á Él acude, como lo demuestran estas sublimes palabras: «Venid á mí todos los que esteis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.» (Mat., xi, 28.)

La fé en Jesucristo, y solo esta fé, hermanos míos, es la que puede conducirnos á la celestial tierra que nos está prometida.

LUIS OLMEIDA.

PARA LOS PREDICADORES.

PLAN DE UN SERMON

SOBRE EL TEXTO, NÚMEROS, XIV, 1 A 10.

(Léase el capítulo XIII, del mismo libro.)

Exordio. Israel, el pueblo de Dios, puede compararse al mundo incrédulo. Los israelitas juzgaron de la tierra de Canaan por el relato de los espías u hombres que Moisés envió para que la examinaran; y el mundo juzga de la religion cristiana y de Cristo su divino jefe por las palabras y obras de sus discípulos. Los cristianos aseguran, dice el mundo, que en Cristo se encuentran el perdon, la santidad, la paz, la felicidad y la alegría. Pues bien, ¿es esto cierto?

PRIMERA PARTE.

A. El predicador puede demostrar que el pueblo de Israel hacia mal en irritarse y dudar de la futura conquista de Canaan cuando poseia la promesa de Dios, del Dios que tantos prodigios habia operado para romper la pesada cadena que arrastraban los hebreos en la tierra de Egipto. ¿Debian creer á los hombres de preferencia á Dios?

De igual modo el mundo no tiene excusa cuando juzga de la bondad del cristianismo por el testimonio de los llamados cristianos. Su deber es informarse si Dios ha hablado; si ha prometido el perdon á los que creen en Cristo; si Cristo es un manantial de santidad y de paz. Aun cuando todos los cristianos fuesen infieles, no por eso dejarían los incrédulos de estar obligados á realizar su fin, obedeciendo á la verdad en todas las ocasiones como en todas las circunstancias.

B. Aquí puede el predicador estrechar el círculo de sus aplicaciones y poner de manifesto el error de los que juzgan la religion cristiana evangélica por lo que de ella dicen sus enemigos. ¿Por qué cuando los hombres procuran en otras esferas crear una conviccion, como en política por ejemplo, se dejan arrastrar en religion por descripciones erróneas ó falsas, dictadas por la ignorancia ó la calumnia? Nadie tiene el derecho de juzgar el protestantismo sin haberlo antes examinado; como nadie debe juzgar á Cristo por lo que de Él dicen sus detractores. Es necesario venir y ver.

SEGUNDA PARTE.

A. Lo primero que los israelitas debieron hacer al escuchar el testimonio de los enviados de Moisés era examinar si habia algun móvil oculto que les impeliera á espresarse como lo hicieron acerca de los habitantes de Canaan, informarse si aquellos hombres eran hombres de fé, si siempre habian estado dispuestos á obedecer á Dios antes que á sus pasiones ó caprichos, en una palabra, si eran fieles israelitas observadores de la santa ley de Dios.

Así debian proceder los que ponen en tela de juicio la bondad del cristianismo solo por las obras que ven en los que se llaman cristianos.

B. Luego si hay cristianos infieles á su nombre, ¿por qué se han de examinar las obras de estos de preferencia á las de tantos virtuosos varones cuyo testimonio ha merecido la admiracion hasta de sus enemigos? ¿Por que no atenderse á la vida de un San Pablo, de un San Juan, de un Policarpo, de un Ambrosio, de un Juan Huss y de tantos otros que han sellado con su vida y con su muerte la pureza de su fé y su amor al Crucificado? No se necesitan muchos ejemplos para probar la verdad del cristianismo y la divina mision de su fundador; basta uno solo. Si ha habido un hombre regenerado por el Espíritu de Dios, un hombre que haya vivido una vida santa y muerto una muerte mas santa todavía, ese es el ejemplo que debemos seguir y no el de los que con su conducta deshonran el nombre divino que con sus lábios invocan.

Peroracion. De cuanto acabamos de decir, resulta que es necesario que nuestra vida esté en armonía con nuestras palabras si queremos que el nombre de Cristo sea respetado. Nuestra vida es el

vivo comentario de la doctrina cristiana, y el mundo consulta y considera mas el comentario que la letra. Y puesto que una sola inconsecuencia destruye todo el trabajo anterior, todo el buen testimonio que antes hemos dado, vivamos de modo que nuestra vida sea un himno perpétuo en honor de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas á su luz admirable. Amen.

Á LA MEMORIA DE MATAMOROS.

Tumba helada donde moran
Los restos de un hombre santo,
Conságrale tú tu llanto,
Que tambien las tumbas lloran.

¿Cómo es posible olvidar
Tu vida, aunque uno quisiera?
Mientras el amor no muera,
Si, te tendremos que amar.

Será eterna tu memoria,
Y será eterno tu nombre,
¡Allí donde exista un hombre,
Allí existirá tu gloria!

Estrella del firmamento
Fué la vida que tuviste,
En un momento naciste,
Y moriste en un momento.

Has dejado inmenso rastro
Sobre este mísero suelo,
Más que el que deja en el cielo
Cuando se desliza, un astro.

Palabras propias no encuentro
Para hablar de aquel que lloro,
Tuvo el corazón de oro,
Y el alma de un ángel dentro.

Con la franqueza en la tez
Y la mano siempre abierta,
Así vivió; ¡aquella puerta
No se cerró ni una vez!

Horas amargas de hiel
Las tuvo como ninguno,
Cuando faltó para alguno,
Aquel alguno, fué él.

¡Sacra musa! de un hermano,
Canta entusiasta su nombre,
Si él fué modelo de hombre,
Aun mas lo fué de cristiano.

La muerte España le vió;
Y al oírle con fé viva
Esclamó, ¡España, arriba!
España se levantó.

Tuviste al destierro que ir;
No hallaste aquí mas que guerra,
Bendita mártir la tierra,
Donde fuistes á morir.

¡Lausana, Lausana! Lazos
Eternos te unen á España,
Tu tierra no es tierra extraña
Desde que él murió en tus brazos.

De ese pobre y muerto lirio,
Hoy cuida, Suiza, la hermosa,
Ella le ha dado una losa,
Y nosotros el martirio.

Yo lo sé: los que te quieren
Con nosotros siempre están;
Hay almas que no se van,
Y muertos que no se mueren.

Su vida fué toda en Cristo,
Vivió en él y en él murió,
Amó como nadie; amó
Cual pocas veces se ha visto.

De Cristo, uno de otro en pos,
Lucharon por apartarle,
¡Solo podía doblegarle
La omnipotencia de Dios!

Duerme, muerto, que ahora vives
De tu Padre en el regazo,
Pedístele un corto abrazo
Y hoy eterno le recibes.

¡Santa patria! tus tesoros,
Dirá al mundo esta medalla
Es la tierra de Cazalla
La tierra de Matamoros.

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

MEDITACION.

«Jehová es mi pastor; nada me faltará.» (Salmo xxiii, 1.)

Así se espresaba David cuando jóven todavia apacentaba el rebaño de su padre y le conducía hácia los frescos y verdes prados en donde brotaban los pastos delicados y por donde corrían las aguas mas puras y cristalinas.

Ya en esa época se decia el piadoso mancebo: ¡Lo que soy para mi ganado, el Señor misericordioso y fiel lo será para mí! ¡Él es mi pastor!

¡Qué felicidad tan grande es saber que no estamos solos en el mundo; que un ojo vigilante y cariñoso á todas partes nos sigue; que una mano poderosa está siempre dispuesta á alejar todos los peligros que pudieran amenazarnos!

¡Pobre alma mia, cuánto tiempo caminaste por el áspero sendero de la vida, descarriada y triste, sin encontrar abrigo en ninguna parte, sufriendo del hambre y de la sed, y siempre espuesta á las crueles mordeduras del pecado! ¡Cuántas veces sintiendo que tus fuerzas desfallecian te dejaste caer y arrastrar por la corriente impetuosa de las pasiones, aunque presentías que el término final de tu triste vida sería una triste y eterna muerte! ¡Cuántas veces buscando el camino del redil te extraviaste por caminos solitarios, cuántas y cuántas clamaste en vano porque alguien viniese á socorrerte y solo el silencio respondió á tus dolorosos lamentos! ¡Cuántas veces buscaste en medianeros y abogados falsos una ayuda que siempre te faltó, una seguridad que nunca alcanzaste, un sentimiento de paz que nunca pudiste conseguir! Ah, es que tu pastor no era Jehová.

Pero un día que estabas mas triste que de costumbre, y clamaste con mas fuerzas y mas ansia, el buen pastor te oyó y vino con amor y te puso sobre sus espaldas y oíste su voz siempre dulce y amable que te decia: Ten confianza, hijo mio, tu fé te ha salvado.

Ahora ya descanso en paz, ya puede decir mi corazón: el Eterno es mi pastor, ¿quién podrá separarme de su lado? Seguro en el puerto de su amor no existe tempestad, por fuerte que sea, que pueda lanzar de nuevo mi frágil barquilla en el mar proceloso de la vida. Lleno de confianza en el porvenir puedo decir con David: Nada me faltará.

¡Cuánto darian los que aun no poseen la fé por poseer esta plena y absoluta confianza en la fidelidad de Dios! Pronto serian cristianos si pudieran presentir siquiera esta paz íntima y profunda de que gozan los que pueden decir con toda verdad: ¡Jehová es mi pastor!

VIDA Y OBRA DE MARTIN LUTERO.

Lutero no es el pontífice máximo del protestantismo, por mas que digan lo contrario aquellos que no conocen ni la vida del piadoso reformador, ni el espíritu de la religion cristiana. La palabra de Lutero no es regla de fé en las iglesias evangélicas en donde solo existe una norma suprema, la santa Palabra de Dios, y una autoridad sobre todas las autoridades, Jesucristo el Salvador de los hombres. Para los cristianos el reformador aleman es un pobre pecador salvo por los méritos de Cristo, cuya vida es digna de alabanza cuando se someta en un todo á la voluntad de Dios, y de vituperio cuando olvidándose de que todo hombre necesita de la ayuda constante del Todopoderoso para no caer en pecado, siguió sus propias inspiraciones, que mas de una vez le arrastraron á cometer desaciertos que mas que nadie deploran los cristianos evangélicos. Pero se habla tan mal en nuestra patria del instrumento de que Dios se valió para anunciar al mundo el Evangelio de Cristo, desfigurado por el clero romano, que creemos necesario bosquejar, aun cuando sea imperfectamente, la vida y la obra del religioso aleman, cuyos escritos y palabras han producido la inmensa y radical revolucion que ha cambiado por completo la faz del mundo.

Martin Lutero nació en Eislaben el 10 de noviembre de 1483, á las once de la noche. Sus padres Juan Lutero y Margarita Lindemaun eran pobres, pero honrados y piadosos. Es costumbre decir, en son de burla, que los reformadores eran gente pobre y baladí; que Lutero era hijo de un trabajador en minas, que Zvinglio nació en la choza de un pastor y Melancthon en la tienda de un armero; mas los que así se espresan olvidan que una brillante posicion social no vá forzosamente acompañada del mérito personal; que los apóstoles no fueron gente ilustre segun el mundo; que Cristo vivió y se formó en el taller de un carpintero; y por último, que Dios escoje á veces lo flaco del mundo y lo menospreciado para confundir y deshacer lo fuerte. «Campesino soy,—decia Lutero,—é hijo de campesinos. Mi padre traía sobre sus espaldas la leña con que nos calentábamos, y mi padre me ha alimentado con sus sudores, haciéndome ser cuanto soy.»

En la escuela de Mausfeld, adonde su padre le envió en edad muy temprana, aprendió Lutero un poco de latin, el catecismo, los diez mandamientos y una especie de calendario compuesto en el siglo décimo. Juan Lutero queria hacer de su hijo un sábio, y como el niño estaba adornado con las mejores disposiciones para el estudio, resolvió enviarlo á la escuela de los franciscanos de Magdeburgo. Esto acaecia en 1497. Lutero rayaba en los catorce años.

Grandes fueron los apuros que en Magdeburgo pasó el joven estudiante. El dinero que en Mausfeld ganaba con su trabajo el honrado Juan bastaba apenas para atender á las necesidades de sus otros siete hijos, y esta carencia de recursos obligaba á Martin Lutero, en sus horas de recreo, á salir á la calle en busca de alimentos que obtenia como todos sus condiscípulos pobres, cantando cánticos que terminaban con el acostumbrado «*panem propter Deum.*» De Magdeburgo pasó á Eisenach, en donde tambien sufrió del hambre. Un día que nada habia podido obtener de la caridad pública detúvose triste y pensativo en la plaza de San Jorge de Eisenach, y allá en su mente revolvia la idea de abandonar sus estudios para trabajar en casa de su padre, cuando de repente se abrió una puerta y apareció por ella una parienta de su madre, llamada Ursula, mujer de Conrado Colta, la que obligó al joven Martin á entrar en su casa y á tomar el alimento de que tanta necesidad tenia. Conrado aprobó la obra de su mujer, y prendado de la piedad y carácter del futuro reformador le tomó en su casa poniéndole así en disposicion de continuar sus estudios. Tiempos felices

fueron estos para Lutero. Algunos años despues un hijo de este mismo Conrado Colta vino á estudiar á Wittemberga cuando ya Lutero era el gran doctor de su siglo, y acordándose este de la proteccion que sus padres le habian dispensado en otro tiempo le recibió en su casa, le agasajó con cariño y hablándole de su madre pronunció estas bellas palabras: «Nada hay mas dulce en la tierra que el corazon de una mujer en donde la piedad habita.» Pero no anticipemos los sucesos.

Sus progresos en el estudio fueron rápidos y continuos. Aplicado, alegre y complaciente, era querido de sus maestros y compañeros. Así llegó á la edad de diez y ocho años. Su padre que á fuerza de trabajo habia logrado adquirir una modesta posicion queria que su hijo se dedicase al Derecho, y con este objeto le envió á Erfurt, en cuya Universidad obtuvo á los dos años de trabajo el grado de bachiller. En la biblioteca de la Universidad encontró por la primera vez una Biblia escrita en latin, y él mismo confiesa que nunca hasta entonces habia visto completo el divino volumen. De él puede decirse con toda verdad que encontraba la Biblia perdida y lo que hizo mas que leerla, fué devorarla. La historia del joven Samuel consagrado á Dios desde antes de su nacimiento desarrolló en él la inclinacion que ya sentia por la vida monástica, inclinacion que se convirtió en vehemente deseo con la caída de un rayo, de la que estuvo á punto de ser víctima, y con la muerte violenta de uno de sus mas queridos amigos.

Dos años despues de haber obtenido el grado de bachiller en artes obtuvo el de doctor en filosofía. Las penosas tareas á que se entregó para sostener con lucimiento sus exámenes le ocasionaron una penosa enfermedad, que no contribuyó poco á poner en su alma sentimientos nobles y elevados. Muchos amigos le visitaron en aquellos dias de dolor y afliccion; entre ellos vino un sacerdote anciano que habia seguido con interés en su vida académica al estudiante de Eislaben. Lutero no le ocultó el temor que le inspiraba la muerte, que segun él, se acercaba, á lo que contestó el buen anciano: «Mi querido bachiller, ¡ánimo! no moriris de esta enfermedad. Dios, nuestro Señor, hará de vos un hombre, que á su vez consolará á muchos; porque Dios carga con su cruz al que ama, y los que la llevan con paciencia adquieren mucha sabiduría.»

En el mismo año de 1505, el 17 de agosto, entró Lutero en un convento de frailes agustinos. Los frailes se mostraron satisfechos al ver su casa preferida á la Universidad, y para humillar la ciencia del joven doctor le emplearon en las mas humildes ocupaciones, como abrir y cerrar la puerta, dar cuerda al reloj, barrer la iglesia y las celdas, y cuando todo esto estaba terminado le echaban al hombro unas alforjas y le mandaban que recorriera las calles pidiendo limosna para el convento. Pero todo lo sufría con paciencia á trueque de obtener una cantidad que nunca llegaba á conseguir. En vano buscaba paz para su angustiado corazon; el sentimiento de su pecado le oprimia y le quitaba toda tranquilidad. Así pasaba su vida gimiendo y entregándose á prácticas ascéticas que nada le aprovechaban, cuando un fraile ya muy entrado en años le invitó á que meditara estas palabras de San Pablo: «Concluimos ser el hombre justificado por fé sin las obras de la ley;» (Romanos, III, 28) y aunque Lutero no comprendió bien en el primer momento toda la importancia de una tan sublime declaracion, un rayo de ardiente luz penetró en las tinieblas de su alma y entrevió la paz que con tanto anhelo buscaba. Corria entonces el año 1508, y el elector de Sajonia, Federico el Sábio, llamó al erudito fraile para que explicara filosofía y física en su Universidad de Vittemberga. Lutero aceptó, y se encaminó á la ciudad que debia ser testigo de los grandes acontecimientos de su vida.

(Se continuará.)

EPÍSTOLA ROMANA.

CARTA.

A Ramon Bon residente en la Seca.

«Contigo ablo, Ramon Bon, ino conotra persona alguna. Es llegado el dia que la paja del grano sea separado, por consiguiente, el que suscribe te invita personalmente á decidir la question que ópacion en ella estamos, tú, que la que tienen los cristianos católicos y apostólicos por madre de Dios Maria, publicas que no fué pura, y si como otra cualesquier mujer mala y ramera y que no fué solo unhijo el que tubo que fueron muchos mas &c»

Yes tando el que suscribe en una cre encia sobre toda cre encia, digo::: que Marias,antisimaes madre de Jesus Nazareno y que este es el mismo Dios el que consupasion y muerte de rimio ato do el linaje umano; que con cibio por obra y gracia del mismo espiritusanto sin en ello fuese manchada, subirginal pureza ientereza y quefué la misma esco jida entre todas las mujeres para ser madre del Redentor, y para difnir este asunto estoi pronto apasar aesa. sin que ninguna otra persona en ello tome interbencion alguna pues lo defenderemos vrazo, á brazo, ó con arma blanca, ó defuego, como mejor teaplacere pues ato do lo azecto y con sientoy situ lo azectas como no puedes por menos, medidas que dia lo emos debirificar. y atu disposicion elijiras y señalaras el terreno en donde se adebirificar, pues no lo dejo esto en pugna Acon dicion que situfueres el vencedor y yo el vencido te escrituraré con anticipacion paraque en ello no tengas perjuicio alguno. pues como dueño de mibida perjuicio en élo á nadie ago, ysibencido fuera que daras alsuelto de toda pena y castigo que las leyes en la tierra y puestas por los ombres te quisieran perjudicar, totalmente teperdono sia si tal sucediese Ysi ála inbera fuere no azecto tu ami meperdones y si quiero y es mi voluntad de liberadaobren los tribunales aqui en la tiera como mejor les pareciere aun cuando con injusticia o, vrasen. pues no quiero ausilio nifabor alguno umano pues todos los que pudiesen acerme ato dos los desprecio nilos de seo ni los quiero. Espero de ti, como ombre mecontestes vien sea por el correo ópor un propio que lo virifique siendo de mi cargo satisfacer el metálico que justamente fuese acreedor el que presto tal servicio. creo servastante ocho dias ael contar desde que recibistes esta micomunicacion para que te di cidas. pues no me quedés en una fealdad de no contestar osi, ono, pues yo tepro meto de serbirte en otro cuales quier asunto sitiempo ubiese para ello, nidaras lugar aqueto me venganza pues los echos son los que de claran cual, quien, es cada uno ni acmito es cusa alguna de ningun jenero.—Mariano Avarez Olmedo.—Tudela de Duero 3, de Agosto del 71.—»

CONTESTACION.

«Dios es amor.»

La Seca 4 de agosto de 1871. Cotarrillo, 12.

Sr. D. Mariano Alvarez Olmedo: Mi buen hermano en el Señor Jesús y amigo mio: Por el propio que Vd. ha enviado desde Tudela, he recibido su carta *original*. Tentaciones me han dado de no contestar á ella, pues no acostumbro á responder á disparates; son tantos y de tal género los que su carta contiene, que, solamente el buen deseo de sacarle á Vd. del error en que se halla, es lo que me mueve á contestarle.

Usted cree, y así lo pone en su carta, que yo haya dicho ó enseñado que la bendita Virgen María «no fué pura, y si como cualquier mujer mala y ramera.» Falso: quien así le haya contado ha mentado. él sabrá con qué intencion. Vd. (si tiene sentido comun) deberia oir, y despues juzgar, y no que se ha dejado Vd. llevar de cuentos y chismes, como las viejas de mi pueblo.

Para que Vd. sepa otra vez á qué atenerse, vá Vd. á oirlo por mi escrito. Creo que la bendita Virgen María, llena de gracia, bendita entre las mujeres, concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, un cuerpo perfectísimo; que á ese cuerpo el Espíritu

Santo unió un alma, y que á ese cuerpo y alma se unió el Hijo de Dios, Jesucristo, que tomó carne humana para padecer y morir por los pobres pecadores, de los cuales yo soy el primero. Creo que la bendita Virgen María fué virgen antes del parto de Jesús y en el parto de Jesús; y despues que parió al Cristo Jesús, la conoció su esposo José, *que era su legítimo esposo* ante Dios y los hombres. Creo que de ese matrimonio de José y María, nacieron hijos é hijas; y al creerlo así, me fijo en lo que se lee en la Biblia de la Iglesia romana, en los pasajes siguientes, que le suplico los lea y medite, pidiendo á cualquier cura la Biblia, y leyéndolos Vd. por sí mismo. Evangelio de San Mateo, caps. xii, vers. 46; i, 25; xiii, 55; xxvii, 56; Marcos, iii, 31 al 35; vi, 3; Lucas, viii, 19 y 20; Juan, ii, 12; vii, 3, 5 y 10; Hechos, i, 14; Gálatas, i, 19; Corintios, ix, 5; Salmo lxxix de David, ver. 8. Los curas dicen que fueron primos; la Santa Escritura los llama hermanos; y entre el dicho de los curas y el dicho de Dios, yo escojo el dicho de Dios. Con que queda Vd. contestado á la primera parte de su carta, y por ella vé Vd. que yo no tengo á la bendita Virgen por una ramera ni mujer mala; que creo tuvo mas hijos, porque lo dice la Biblia, que es mi regla de fé, por ser la Palabra de Dios. Vamos á su segunda *arenga*. Vd. quiere probarme que fué pura la Virgen y que no tuvo mas hijos que Jesús, y dice Vd. que me lo probará «brazo á brazo, con arma blanca ó de fuego, en el terreno y día que yo señale, y que vendrá Vd. á buscarme...» ¡Pero hombre de Dios! ¿Dónde ha tenido Vd. cabeza para ensartar tanto disparate? ¿Es verdad que ha escrito Vd. eso? ¿Y es Vd. cristiano? ¿No sabe Vd. que Dios le dió la vida, y que solo Dios es dueño de quitársela? ¿Es de Vd. esa vida para disponer de ella á su antojo? Su vida de Vd. es de Dios y á mí me está prohibido atentar contra ella, aunque sea en desafío; cosa prohibida por el Señor en el Exodo, cap. xx, ver. 13, donde dice: *No matarás*. Yo acepto una discusion con Vd. y con todos los curas de la Iglesia romana, en la que, por medio de razones, me convenzan del error en que dicen que me hallo. Si quiere Vd. venir á esta su casa, podremos discutir, y por medio de la *palabra*, aducir pruebas de nuestras creencias; así es como se convierte y se convence á los hombres; así es como yo deseo habérmelas con Vd.

Si Vd. tiene esa fé grande y me vence, iré delante de Vd. á la Iglesia romana á implorar perdon. ¿Puedo ofrecerle mas? Ahora, si Vd. fia lo que cree á la fuerza bruta, en ese caso le daré un consejo: en vez de venir á desafiar á quien no le conoce ni le ha hecho mal alguno, podía Vd. haberse puesto á *brazo partido* con un toro, ó con un mayoral de diligencias ó un mozo de cordel, y no venir á un ciudadano pacífico, que sin conocer á Vd. le aprecia, con esas baladronadas... novelescas, propias de la Edad Media. ¡Pero hombre!... ¡Ni que fuera Vd. D. Quijote!... Yo creo que como hombre de seso meditará Vd. mis razones y las apreciará en lo que valen; si Vd. quiere saber lo que yo predico, venga Vd. á oírme; lo hago todos los jueves y domingos al anocheecer; y si despues de oírme tiene Vd. alguna duda, puede indicármela, y con la ayuda del Señor le sabré contestar: es cuanto puede decirle este ministro del Evangelio, que le quiere de corazón y pide porque Dios ilumine su alma y le dé la gloria. B. S. M.

RAMON BON, misionero evangélico.

Ya habrán podido juzgar nuestros lectores del espíritu cristiano que anima al famosísimo romano D. Mariano Alvarez Olmedo, y de la educacion é instruccion que ha recibido. Hemos conservado la ortografía de su carta, para pintar á su autor. Pero no estarán demas algunos ligeros apuntes acerca de la persona y mision del Sr. Alvarez ó Avarez Olmedo como él se firma.

Este romano tiene gran fama de santo en su pueblo. Hace cosas maravillosas, no esplicadas por la ciencia de Galeno. Segun él mismo afirma, y de que lo afirma hay testigos, cada tres dias baja Jesucristo á conversar con él, y en una de esas conversaciones, le ha dicho Jesús que Ramon Bon es un demonio, un leon, un hereje, y le ha ordenado

que le mate, que le arranque la lengua y le azote con ella el rostro.

Y lo mejor del caso es, que se ha presentado en La Seca á cumplir su propósito, y predica en calles y plazas que los chicos deben apedrear al misionero evangélico porque Dios se lo ha revelado, así como tambien que aquella noche (la en que hablaba) bajaría fuego del cielo y abrasaría el lugar en donde se celebra el culto, y á los que en él estuviesen (la profecía no se cumplió). Y la autoridad local permite esto, y deja que ese estúpido fanático alborote en medio de la plaza pública á los ignorantes que le escuchan; pero en cambio el Sr. Bon pidió permiso al alcalde para anunciar en la calle al pueblo el Evangelio de Cristo y su divina moral, y el alcalde no se lo permitió; váyase lo uno por lo otro.

REMITIDO.

Sr. Director del periódico LA LUZ.

Muy señor nuestro: Estimaremos de su amabilidad se sirva insertar, si es de su agrado, las siguientes líneas en el periódico que Vd. tan dignamente dirige, á lo que le quedará sumamente agradecida esta sociedad.

El donativo que promovió la Sociedad de Socorros «La Evangélica», el día de su inauguracion, ascendió á la suma de 54 rs. vn., los cuales fueron entregados al día siguiente á la persona encargada de recogerlo.

Los comprobantes están á disposicion de todos los hermanos evangélicos que gusten revisarlos, como todos los documentos referentes á la contabilidad lo estarán á su debido tiempo en la Secretaría, Conserjeria del Teatro de la Alhambra, Libertad, núm. 16.

De Vd. afectísimo,

El Secretario,
J. DE OBREGON.

NOTICIAS VARIAS.

De Villafranca del Panadés nos escribe uno de nuestros suscritores lo que sigue:

«Voy á poner en su conocimiento la buena acogida que ha tenido en esta poblacion la Palabra del Señor.

Enterado de la rivalidad que existe entre los romanos de este lugar, pedí á los republicanos me cedieran el teatro, local donde ellos se reúnen, y con mucho gusto lo pusieron á mi disposicion para dar una ó mas conferencias. La primera se verificó el sábado 19 de agosto y asistieron á ella mas de doscientas personas.

En la hora y media que duró la conferencia, hubo el mas absoluto silencio, y solo al finalizar prorumpieron en una salva de aplausos, demostrando con esto el grato efecto que la Palabra del Señor producía en sus corazones. Les hice observar que en las conferencias que damos los cristianos evangélicos no se aplaude, porque solo Dios es el que puede juzgar si nuestras palabras son sinceras ó no.

Para el sábado próximo tengo anunciada la celebracion de un culto. Demos gracias á Dios por la buena acogida que han dispensado al Evangelio los habitantes de Villafranca.»

Demos gracias á Dios, en efecto, porque permite que su Santa Palabra penetre en tantos pueblos y ciudades de España, y pidámosle con fervor que sean muchos los que abandonen las tinieblas del error para vivir en la luz de la verdad.

El domingo próximo, á las ocho y media de la noche, se inaugurará la nueva capilla evangélica, sita en el barrio de las Peñuelas, calle de Martin de Vargas, núm. 18, estramuros de Madrid. Tenemos entendido que el pastor de la iglesia de la Madera Baja, Sr. Carrasco, hará probablemente el discurso de inauguracion. En la nueva iglesia habrá cultos desde ese día en adelante, los jueves á las ocho y media de la noche y los domingos á las once de la mañana y á las ocho y media de la noche.

A la mayor brevedad se abrirán colegios gratui-

tos para niños de ambos sexos en el mismo edificio, piso principal. Cuando esto tenga lugar por efecto de la terminacion de las obras que se están verificando en dichos locales, se pondrá en conocimiento del público. Nueva vida comienza para aquellos barrios, donde tanta miseria moral y material se encuentra. Confiamos en que la divina Providencia secundará nuestros esfuerzos, y que la obra de la evangelizacion se propagará allí como en todas partes donde se ha iniciado.

La iglesia cristiana española, sita en la calle de la Madera, celebrará su reunion anual el sábado 16 del corriente, á las ocho en punto de la noche. El cuerpo de ancianos y el de diáconos leerán sus Memorias respectivas para informar á los miembros de la iglesia el estado espiritual y material de la misma.

Como esta clase de reuniones se celebran solo una vez al año, y son por demas importantes, recomendamos á todos los miembros de la iglesia la mas puntual asistencia.

El miércoles próximo 6 del corriente, á las ocho y media de la noche, se reunirán en oracion todas las congregaciones en la iglesia de la calle de Martin de Vargas, núm. 18, barrio de las Peñuelas, y el miércoles 13, á la misma hora, en la plaza del Limon.

Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la circular que en otro lugar insertamos dirigida por el señor ministro de la Gobernacion á los gobernadores de provincias, y referente á la cuestion de cementerios. Sabemos ya que algunos obispos, como el de Cuenca por ejemplo, se resisten á cumplimentarla; pero otros, como el de Murcia, que la han acatado desde luego.

Damos nuestra mas cordial enhorabuena al señor obispo de Almería, porque ha leído y practica el precepto del apóstol, que ordena el respeto á las autoridades legítimamente constituidas, cosa que olvidan, cuando así les conviene, sus intransigentes colegas.

Ha visto la luz pública en la ciudad de Cádiz una hoja firmada por el padre Cayetano, encaminada á probar que sin el Pontificado no puede haber Iglesia.

Parece que es la quinta que lleva ya publicada dicho señor, y estimaríamos en mucho que algun cristiano evangélico ó católico romano, nos remitiera las cuatro primeras para ocuparnos de ellas con algun detenimiento. No es que esas hojas hayan quedado sin respuesta. El celoso pastor de la iglesia cristiana de Cádiz ha contestado á esta última (no sabemos si lo habrá tambien hecho á las otras) en un bien meditado artículo que encontrarán nuestros lectores en lugar correspondiente de nuestro periódico.

No sabemos si continúa publicándose el periódico *La República*, ni si el presbítero Sr. Aguayo ha contestado á las observaciones que en nuestro último número hacíamos al manifiesto por él dirigido al clero y pueblo de España. El último número de *La República* que recibimos fué el del día 2 de agosto, que contenia el dicho manifiesto, y desde esa fecha no hemos vuelto á ver ningun número en nuestra redaccion.

Parece que los mozos de Berlin, correspondientes á la quinta de 1870 al 71, saben todos leer y escribir correctamente.

¡Qué atrasados están esos Estados protestantes! dirán algunos curas.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.